

Hace unos años, un gran historiador peruano lamentablemente desconocido entre nosotros, Pablo Macera, advertía de un riesgo semejante a sus compatriotas, con palabras que yo no sabría mejorar:

Queda por último una nota marginal que es una cuestión previa: los historiadores peruanos, y por extensión todos los científicos sociales, no podrán realizar éste o cualquier otro programa de reforma, si no tienen una clara conciencia de su propia situación histórica y asumen la responsabilidad que les concierne como hombres de tránsito, al filo entre dos épocas. ... Debemos aprender a vivir sin oportunismos en esta frontera. De lo contrario, todo proyecto reformista sólo vendría a ser una herramienta disimulada de arribismo, una maniobra para engañar por igual a nuevos y antiguos.²²⁵

Vivimos, también hoy, en un «tiempo de frontera», y hemos de ser conscientes de que lo que se está desmoronando a nuestro alrededor es mucho más que un estilo de investigación y de docencia. Por ello, una respuesta que se contentase con estos aspectos de método sería insuficiente y podría ser acusada de comodidad oportunista.

225. Pablo Macera. «La historia en el Perú: ciencia e ideología», en *Trabajos de historia*, vol. I, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977, pp. 3-20 (cita de la p. 20).

¿QUÉ HISTORIA PARA MAÑANA? REFLEXIONES PARA UNA RENOVACIÓN MÁS SUBSTANCIAL

Hemos hablado de la caída de los regímenes del «socialismo real» desde el punto de vista de su fracaso político y social. No es esto, sin embargo, lo más importante, por lo menos en un sentido general y a largo plazo. Por lo que lo ha revelado esta caída es, *además y sobre todo*, su fracaso económico: su incapacidad para cumplir los objetivos de crecimiento que se había propuesto alcanzar.

Y esto es importante porque ocurre en los mismos momentos en que resulta patente que está seriamente amenazado el crecimiento económico de los países desarrollados y que han fracasado casi por completo —las excepciones de las nuevas industrializaciones del extremo oriente tienen explicación puntual y muy concreta— los intentos de los subdesarrollados por conseguir su «despegue» por las vías tradicionales del capitalismo liberal o por «terceras vías» más o menos legítimas.

De la época en que se nos prometía un año 2000 de opulencia y hartura para todos y en que se predecía que

el gran problema iba a ser en qué ocupar el ocio, hemos pasado a la amarga realidad actual en que se llegan a hacer previsiones pesimistas sobre un próximo «fin del mundo occidental», que se parecerá al hundimiento económico de los países del Este europeo, pero cuyos responsables no serán aquí, lógicamente, los partidos comunistas, sino los banqueros, culpables de haber cometido, en el marco del capitalismo ortodoxo, errores semejantes a los de aquellos en el del «socialismo real».

Occidente ha empujado a los herederos de la Unión Soviética a adoptar la economía de mercado, añade esta misma previsión, «sin haberle revelado los males económicos y financieros terribles que padecemos. Cuando nuestro sistema se hunda y vivamos en un caos político y económico semejante al que conoce hoy la antigua Unión Soviética, asistiremos a la desintegración de nuestra civilización industrial».²²⁶

Tal vez este escenario que nos pinta un mundo paralizado y agonizante sea exagerado, por lo menos en lo que se refiere a su inminencia, pero la verdad es que las frías estimaciones cuantitativas no son tampoco estimulantes. Los informes actuales del Banco Mundial reconocen que en la década de 1980 a 1990 el producto real per cápita ha descendido tanto en América Latina como en el África negra, y ofrecen un sombrío panorama para la década 1990-2000, con un África al sur del Sáhara que, si se calcula que puede aumentar el producto per cápita a una tasa anual del 0,3-0,5 por 100, lo que es tanto como decir que

226. Jean Gimpel, *La fin de l'avenir. Le déclin technologique et la crise de l'Occident*, Paris, Seuil, 1992, p. 195.

sus habitantes seguirán muriendo de hambre, tal vez sea porque no se ha tomado en cuenta la catástrofe del sida —se prevé para un futuro inmediato un millón de niños infectados y varios millones de huérfanos— o se da por supuesto que estos países no van a intentar siquiera el esfuerzo económico aplastante a que se verían obligados si quisieran dar atención médica a los pacientes de esta enfermedad. Lo cual sucede mientras en América Latina el empobrecimiento está permitiendo que resurjan en forma epidémica enfermedades de la miseria que considerábamos poco menos que erradicadas, como el cólera. Los pocos éxitos que puedan apuntarse los países pobres son, además, dudosos. Lo son los progresos de la enseñanza, ya que buena parte de los alumnos que acaban los estudios primarios en estos países no tienen ni «la capacidad de lectura que se exige a escala nacional o internacional».²²⁷ O el crecimiento de la producción de alimentos en la India, que no ha eliminado el peligro de futuras catástrofes, ya que presenta nuevos riesgos de dependencia (respecto de los proveedores de semillas), de vulnerabilidad a las plagas y, a largo plazo, de pérdida de los recursos genéticos de donde pudieran surgir variedades mejor adaptadas a los requerimientos y condiciones locales.²²⁸

No sólo ha fracasado, pues, el modelo de las economías de «planificación centralizada», sino el intento glo-

227. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1991*, Washington, 1991; las citas literales son de las pp. 72 y 73. De la misma fuente proceden los indicadores de desarrollo que se utilizan en los párrafos siguientes.

228. Utsa Patnaik, «Food availability and famine: a longer view», *Journal of Peasant Studies*, 19, n.º 1 (1991), pp. 1-25; Henk Hobbelink, ed., *Más allá de la revolución verde*, Barcelona, Lerna/ICDA, 1987.

bal de extender nuestra receta de crecimiento industrial con elevado consumo al resto del mundo, sea por la vía que fuere. Y ni siquiera se puede decir, como hacían las viejas interpretaciones dependientistas, que la culpa es del crecimiento de los países adelantados, que se nutre de los recursos de los más pobres —con lo cual todo se podría solucionar actuando sobre los mecanismos de intercambio—, como lo demuestra el hecho de que el comercio de los países desarrollados es cada vez más un comercio *entre* ellos mismos: en 1989 los cuatro mil millones de seres humanos que integran eso que llamamos los «países de ingreso bajo y mediano» participaron en menos de un 20 por 100 del comercio mundial de mercancías (les correspondió un volumen de importaciones del orden de 133 dólares anuales por habitante), mientras los ochocientos treinta millones que habitan en los países de ingreso alto realizaron más del 80 por 100 de este tráfico (y sus importaciones superaron los 3.000 dólares anuales por cabeza).

Si este modelo de crecimiento derivado de nuestra concepción del progreso nos ha conducido a una situación semejante, ¿podemos seguir sosteniéndolo como base para nuestra enseñanza de la historia? Conviene recordar su génesis. Lo ideó la burguesía en ascenso de los siglos XVIII y XIX para justificarse a sí misma, para demostrar que el nuevo orden económico y social que había creado era mejor «para todos» que la barbarie antigua o la sujeción feudal, al mostrarse capaz de crear «esta universal opulencia que se extiende hasta las más humildes capas de la sociedad» y hacer que la vivienda de un campesino europeo «sea mejor que la de muchos reyes africanos, dueños absolutos de la vida de diez mil salvajes desnudos», para decirlo con

las mismas palabras que emplea *La riqueza de las naciones*.²²⁹

El Marx joven y los «socialistas» de su tiempo, que no eran lo suficientemente lúcidos como para ser «utópicos» —esto es, para atreverse a proponer una ruptura global con el sistema en que vivían—, aceptaron el mito smithiano, creyendo que bastaba con negar que el sistema establecido por el capitalismo representase «el fin de la historia» hegeliano y propugnar la continuidad del mismo desarrollo económico dentro de un marco de relaciones sociales distinto. Y aunque Marx matizase posteriormente sus primeros esquemas —aclaró, por ejemplo, que los desarrollos más elaborados del volumen primero de *El capital* se referían ante todo a la Europa occidental—²³⁰ no los reemplazó con formulaciones simples y claras, de modo que el «marxismo catequístico» acabó basándose en las certezas del Marx joven y desconociendo las dudas del maduro.

Así se explica que a los cincuenta años de su muerte un «marxismo» fosilizado proclamase el dogma de la secuencia única de los modos de producción, que se convirtió en característica del estalinismo, el cual anunciaba, a su vez, un nuevo «fin de la historia», el del comunismo, para una fecha tan cercana, casi al alcance de la mano, que justificaba todos los sacrificios que estaba exigiendo su «construcción».

229. Smith, *Wealth of nations*, I, 1.

230. Denunciando a quienes pretendían «transformar mi esquema histórico de la génesis del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica del curso fatalmente impuesto a todos los pueblos, sean las que fueren las circunstancias en que se encuentren» (véase, sobre este texto de 1878, Haruki Wada, «Marx and revolutionary Russia», en T. Shanin, *Late Marx and the Russian road*, Londres, Routledge, 1984, pp. 40-75; pero también, Maurice Godelier, *Sur les sociétés précapitalistes*, Paris, Editions Sociales, 1970, pp. 82-83).

Esta visión de la historia elaborada inicialmente por los ilustrados escoceses y completada en Francia a comienzos del siglo XIX, no sólo sirvió para legitimar el nuevo orden burgués en Europa, sino para justificar la conquista y explotación del resto del mundo, con el pretexto de civilizarlo y de guiarlo por el sendero del progreso económico. Cuando los ingleses del siglo XIX interpretaban la India de los príncipes como una sociedad feudal, deducían que el presente de la India era el pasado de Europa, y que ellos, que habían vivido esta experiencia y la habían superado, estaban en condiciones de guiar a estas gentes «atrásadas» por el mismo camino. «Esta construcción de una historia universal permitía a los británicos controlar el pasado de la India» y no sólo les daba derecho a intervenir en su presente, sino que convertía esta ingerencia en un acto de virtud.²³¹

Es evidente que algo debió fallar, porque el conjunto de los tres países que integran lo que antes era la India tienen hoy —tras haber disfrutado de más de un siglo de tutela británica— un PNB per cápita de 326 dólares, en comparación con los 14.610 dólares del Reino Unido, y una esperanza de vida que sobrepasa muy poco los 50 años, contra los 76 de los habitantes de las islas Británicas.

Y que conste que estoy hablando de error, no de engaño deliberado. Es difícil no creer en la sinceridad del Kipling que saludaba la conquista norteamericana de las Filipinas con los versos en que glosaba la dura «carga del

hombre blanco»: ²³² su obligación de acabar con las guerras salvajes; de saciar el hambre y curar la enfermedad; de enviar a sus propios hijos para que, con los recursos del hombre blanco, construyeran unos puertos y carreteras de que sólo se beneficiarían los filipinos, etc. Y todo ello para recibir el pago habitual: la queja y la ingratitud del nativo. Resulta aleccionador, sin embargo, el contraste que existe entre estas expectativas y lo realmente alcanzado: hoy, cuando está a punto de cumplirse el primer centenario de la conquista norteamericana de las Filipinas, el PNB per cápita de este país supera muy poco el 3 por 100 del norteamericano. Y lo peor es que ha disminuido entre 1965 y 1989, y que las previsiones para el futuro no son precisamente optimistas. Si tenemos en cuenta que las diferencias económicas entre países «civilizadores» y países «salvajes» parece que eran menores hace ciento cincuenta años de lo que son hoy, resulta lícito preguntarse si no les hubiera ido mejor sin nuestra ayuda (como le ha ocurrido al Japón, que no se dejó «civilizar»).

Lo peor es que con esta visión lineal del progreso les hemos convencido incluso a ellos, como lo demuestran los errores que han cometido los países africanos al querer seguir los modelos industrializadores europeos después de su independencia. Tal es el caso de Egipto y de la presa de Asuán, que, al retener el limo del Nilo, obliga a la agricultura egipcia a suplir este recurso natural con fertilizantes químicos cuya fabricación necesita más energía que la

232. Dejaremos a un lado la molesta evidencia de que para él los españoles, que habían precedido a los norteamericanos como colonizadores de las Filipinas, no eran, evidentemente, «hombres blancos».

231. Bernard S. Cohn, «Cloth, clothes and colonialism», en A. B. Weiner y J. Schneider, eds., *Cloth and human experience*, Smithsonian Institution, 1989, pp. 303-353, cita de la p. 321.

producida por la propia presa,²³³ o el de tantos lugares en que la transformación de la producción agraria en función de la demanda de los mercados exteriores ha llevado a exponer las cosechas a riesgos de fracaso superiores a los de los viejos cultivos y ha acentuado la indefensión ante el hambre. Otra de las lecciones que los dirigentes de esta África «progresiva» aprendieron de Europa fue la conveniencia de practicar el «despotismo ilustrado»: durante veinticinco años, el presidente Seku Ture de Guinea, que en algunos momentos pasó por modelo del «socialismo africano», prohibió la publicación de otras obras que no fuesen las suyas, y muchos dirigentes de Somalia, Camerún, Togo, Zaire, etc. — partidarios de políticas de planificación o de mercado libre, de «izquierdas» o de «derechas» — hicieron algo semejante, dedicándose a perseguir las ideas ajenas, con lo cual consiguieron asegurar el triunfo de programas europeizantes más o menos degradados y evitar que otros pensasen «en africano». La cosecha de medio siglo de estos programas de «progreso» — en todas las variantes europeas, desde las ultraliberales a las marxistas, pasando por la fe en los milagros que ha llevado a construir un templo católico mayor que el Vaticano — ha sido la de conseguir que el conjunto del África al sur del Sáhara, con cerca de 500 millones de habitantes, ocupe el lugar más bajo en todas las tablas de indicadores de desarrollo.

Pero ese no es sólo un problema africano, porque las consecuencias del error que implica el uso de este modelo comenzamos a sentir las hoy en nuestra propia piel. Hemos sido educados en una visión esencialmente «optimis-

233. Carlo Rubbia, *El dilema nuclear*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 159.

ta» del proceso industrializador, que en su versión «progresista» vertía alguna lágrima por el hambre y los sufrimientos de los campesinos y de los tejedores manuales, pero que acababa aceptando que, en última instancia, el resultado final significó un progreso general.

Lo malo de este «modelo» no es que minimice los sufrimientos que costó a sus víctimas, sino el hecho mismo de que nos lo sigamos planteando como «único», por lo menos en sus líneas generales. Muchas de sus piezas no encajan hoy, a la luz de nuestros conocimientos: la «necesidad previa» de unas transformaciones agrarias según el modelo inglés (léase ante todo «explotación de los campesinos de sus bienes comunales») ha sido puesta repetidamente en duda;²³⁴ se ha discutido que el modelo fabril de organización social de la producción fuese una condición necesaria para el crecimiento industrial,²³⁵ etc. Con este viejo modelo resulta difícil comprender cómo triunfó la industrialización en países como Francia o Alemania, que aplicaron reglas distintas a las británicas. Esta visión unilineal bloquea nuestra capacidad de pensar en términos de posibilidades de desarrollo diversas, de vías o secuencias alternativas, que podrían responder tanto a elementos de la estructura interna de las sociedades como al hecho de

234. Jacques Mulliez, «Du blé, "mal nécessaire": Réflexions sur les progrès de l'agriculture de 1750 à 1850», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXVI (enero-marzo de 1979), pp. 3-47; R. C. Allen y C. O'Grada, «On the road again with Arthur Young: English, Irish and French agriculture during the industrial revolution», *Journal of Economic History*, XLVIII (1988), pp. 93-117.

235. Como, por poner un solo ejemplo, en Ch. Sabel y J. Zeitlin, «Historical alternatives to mass production: politics, markets and technology in nineteenth-century industrialization», *Past and Present*, 108 (agosto de 1985), pp. 133-176.

que los procesos industrializadores hayan tenido lugar en medio de circunstancias «históricas» —esto es, reales y concretas— distintas (y, por definición, las de Gran Bretaña, «primer llegado» al dominio del mercado mundial, fueron únicas e irrepetibles).

Por otra parte, la sobrevaloración del papel de la tecnología nos ha llevado a entender mal las alternativas que se les ofrecían a los hombres del pasado. Hemos olvidado, o menospreciado, toda una serie de elementos que se integraban en el pensamiento de Bacon, Newton o Leibniz (los hemos descartado como restos de un programa «mágico», de carácter no científico) y, al hacerlo, no nos hemos percatado de que estábamos renunciando también al viejo sueño de Galileo de hacer una ciencia que sirviese a la vez para comprender la naturaleza y el hombre, y que hemos emprendido un camino distinto: el que fijaron aquellos que le condenaron, no tanto porque estuviese subvirtiendo la imagen astronómica del mundo, como porque podía poner en peligro su estabilidad social.²³⁶ Esto nos ha conducido a la dependencia respecto de una tradición tecnológica que a veces ha acabado mostrándose estéril, y a desdeñar la posibilidad de buscarle alternativas —de volver a caminos abandonados en alguna encrucijada del desarrollo científico-técnico del pasado—, a la vez que ha favorecido que nuestro sistema educativo se dedique a formar

236. La exploración de estas ideas obligaría a una larga lista bibliográfica. La limitaré a dos citas fundamentales. Por un lado, la de algunos libros de Margaret C. Jacob, como *The cultural meaning of the scientific revolution*, Nueva York, Knopf, 1988; *The radical Enlightenment*, Londres, Allen and Unwin, 1981, o el ya mencionado *Living the Enlightenment*. Por otro, las espléndidas páginas que Eugenio Garin dedica a Galileo en *Umanisti artisti scienziati*, Roma, Riuniti, 1989.

especialistas estrechamente condicionados por las vías de desarrollo científico establecidas, menospreciando el caudal de ideas creativas que podrían ofrecernos los «generalistas» ilustrados, capaces de enfrentarse imaginativamente a los nuevos problemas.

Todo esto, que en una formulación tan apretada puede parecer muy abstracto, tiene aplicaciones concretas al caso español, como puede mostrar un ejemplo que tiene dos vertientes: una que se refiere a la interpretación del pasado y otra que, basándose en éste, tiene que ver ante todo con el presente.

Entre quienes han estudiado el proceso industrializador en la península hay dos escuelas netamente enfrentadas, que no se distinguen por apoyar las opciones de «proteccionismo» o «librecambismo», como se sostiene cuando se quiere descalificar de manera simplista a los partidarios de la «industrialización». Lo que sostienen los últimos no es la necesidad de unos aranceles «protectores», sino la de todo el complejo de una «política industrializadora», y piensan que los gobiernos españoles del siglo XIX fracasaron al mostrarse incapaces de entender la necesidad de una línea de actuación que tuviese en cuenta las necesidades y las circunstancias del país y que atendiera, sobre todo, al desarrollo del mercado interior,²³⁷ como lo hicieron en aquellos años los de Francia o Alemania. Los contradictores de estos «industrialistas», ultraliberales partidarios de unos modelos de crecimiento dentro de un marco de

237. Idea que debemos, entre otras razones, a haber leído con más atención que nuestros amigos «liberales» a Adam Smith: véase, por ejemplo, *Wealth of nations*, II, 5.

especialización internacional (que son los que llevaron a la ruina, por ejemplo, a los países latinoamericanos que adoptaron esta misma filosofía), hablan en nombre de la «teoría económica» neoclásica, olvidando que estos modelos se encuentran hoy desprestigiados y que los economistas han acabado adoptando visiones más realistas de la evolución económica, que no presuponen ya que una misma fórmula de crecimiento pueda resultar igualmente válida en condiciones distintas, que han abandonado la mitología que hacía del cambio tecnológico el motor fundamental del progreso y hacen hoy afirmaciones como ésta: «el cambio tecnológico, como la evolución, es un proceso no óptimo, en el sentido de que pudimos haberlo hecho mejor, mucho mejor, al mismo nivel de costes y de esfuerzos, y de que sus resultados no son inexorables».²³⁸

Pero la forma en que entendemos el crecimiento industrial no sólo tiene que ver con nuestra interpretación del pasado, sino también con nuestra postura ante el presente. La actual integración de España en el mercado europeo se asemeja hasta cierto punto a lo que fue el proceso industrializador para las regiones menos dotadas que se incorporaban a un mercado «nacional», sin obstáculos ni defensas «antinaturales». Y los resultados que estamos recogiendo no sólo no nos están llevando a la «universal opulencia» prometida, sino que muestran una serie de efectos negativos, que tal vez hubieran podido evitarse, o por lo

menos atenuarse, si se hubiese sido capaz de prever con más realismo el futuro, en lugar de confiar ciegamente en la lógica del modelo histórico de crecimiento.

Pondré un ejemplo de lo que quiero decir. En 1985, con motivo del 75 aniversario del Sindicato Minero SOMA-UGT, pude ver en Oviedo cómo un destacado líder del sindicato, que lo era también del PSOE, mantenía un férreo control ideológico para evitar cualquier crítica al partido gobernante, que acababa de adoptar hacia poco el compromiso de ingresar en la Comunidad Económica Europea. A los seis años, el mismo dirigente encabezaba el movimiento de protesta contra una de las consecuencias de este ingreso, al verse obligado a responder al descontento de los trabajadores asturianos que se resistían a aceptar el cierre de su minería del carbón y de su siderurgia. ¿Es posible que en 1985 este dirigente sindical no se diese cuenta de que la liquidación de una minería y una siderurgia no competitivas en el «nuevo mercado ampliado europeo» era una consecuencia cantada de la política que estaba defendiendo? Como lo era, por citar otra de las repercusiones que todos sabemos entonces que había de producirse, la ruina de la ganadería productora de leche de la cornisa cántabra o, a causa del sacrificio de cabezas de ganado que esto implica, la de los productores castellanos de cereales para pienso.

Lo peor del caso es que una política de prevención que hubiese paliado estos males era posible hace unos años, pero no lo es hoy. Quienes ahora reclaman al gobierno que «solucione» el problema —que reindustrialice las zonas en crisis, que financie nuevas líneas de producción o que proteja los precios de los productos agrarios— no parecen ha-

238. Joel Mokyr, «Is economic change optimal?», *Australian Economic History Review*, XXXII, 1 (marzo de 1992), pp. 3-23 (cita de la p. 13). El artículo merece ser leído con detenimiento, porque su interesante argumentación no se agota, en modo alguno, con esta cita, sino que llega a sostener que tampoco el propio «cambio económico», considerado en su aspecto más general, es óptimo.

ber entendido que al aceptar su política económica (que era la misma que la de la oposición derechista a la cual, como es lógico, tampoco preocupaban las consecuencias sociales de la integración) aceptaron un programa que implicaba ceder la capacidad de decisión en estas materias a un colectivo supranacional en el que ingresábamos como parientes pobres, y que renunciaron con ello, adormecidos tal vez por el sueño de prosperidades sin cuento que les estaban vendiendo, a esta clase de protecciones «antinaturales» que ahora solicitan. («Antinaturales», claro está, en la lógica de las economías dominantes, que son partidarias de esta versión canibalesca del liberalismo, como los tiburones lo serían de la «selección natural», si leyesen a Darwin.)

Consumidores de un modelo explicativo del proceso industrializador que, en nombre del progreso colectivo, minimizaba sus consecuencias «sociales» desfavorables —las reducía a ajustes a corto o medio plazo— y se negaba a tomar en serio los sufrimientos que implicaba la expulsión de la tierra del campesino, la pérdida de independencia del artesano, el sacrificio que conllevaba la renuncia a la personalidad del oficio ante el anonimato del trabajo fabril, el malestar ante la ruptura familiar a que obligaba el sometimiento de las esposas y los hijos a la disciplina de la fábrica... ¿entenderemos que lo que estamos viviendo no es más que la repetición de ese proceso de especialización territorial, a escala ampliada, con la diferencia de que ahora nos ha tocado vivirlo desde el lado de los «desindustrializados»?

¿Qué nos reserva el futuro? Siempre hemos estudiado la industrialización como un capítulo necesario de la apo-

peya del ascenso humano, y hemos prestado escasa atención a quienes han intentado explicarnos que tal vez no se produjo de la única forma posible (ni de la más deseable). ¿Seguirán aceptando nuestros estudiantes que les expliquemos ese cuento de hadas que es la visión tradicional de la «Revolución industrial», aunque no les ofrezcamos una argumentación razonable para hacerles aceptar como buenas las jubilaciones anticipadas de sus padres y sus malas expectativas de futuro? ¿Se resignarán al papel que les ha tocado: a un futuro en que probablemente se les destine a ser los albañiles, camareros, ascensoristas, barrenos o enfermeros de una Europa avanzada, supliendo a los turcos, marroquíes, argelinos, paquistaníes y otros «no europeos», obligados a regresar a sus países de origen por leyes restrictivas y por coacciones y persecuciones «introladas»?

Aquí estamos rozando otro terreno en el que nuestra visión de la historia como una invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. Reflexionando acerca de un libro sobre el «estado racial alemán», un crítico ha hecho notar cuán inadecuado resulta calificarlo de «utopía bárbara», puesto que «no fueron las hordas de Atila o de Gengis Jan las que intentaron convertir esta utopía en realidad. ... Alemania era el país más avanzado y "moderno" de la Europa occidental: un modelo de la civilización occidental». ²³⁹ Que buena parte del bagaje racial nazi esté resurgiendo en nuestros días, a cincuenta años de su apa-

239. El libro es el de Michael Burleigh y Wolfgang Ippermann, *The racial state. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, citado más arriba; la reseña, de C. R. Browning, «Barbarous utopia», *Times Literary Supplement* (20 de marzo de 1992), p. 5.

rente derrota, debe enseñarnos a desconfiar acerca de que el «progreso», por lo menos en el terreno de las ideas, sea un resultado natural y obligado del curso de la historia humana, y a temer que el racismo y el fascismo hayan reaparecido «naturalmente», porque forman parte de esta fase de nuestro modelo de crecimiento económico. Entenderlo así debería permitirnos que nos enfrentásemos de manera más lúcida a las actitudes irracionalistas y violentas de los jóvenes europeos de hoy; a no contentarnos con pensar que se trata de un problema «moral» que puede resolverse por la educación y a indagar seriamente en sus fundamentos, tratando de comprender las razones de su desencanto y de ofrecerles alternativas que contengan alguna esperanza razonable para su futuro.

Una de las primeras cosas que hemos de eliminar de nuestra teoría de la historia es, por consiguiente, la «vía única»: hemos de aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles diversas opciones, evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fuese la única posible (o la mejor), si no queremos seguir condenándonos a repetir los errores de los países pobres que han malgastado sus posibilidades de crecimiento, o resignarnos a aceptar como inevitable el futuro, poco estimulante, que se nos ofrece a nosotros mismos dentro del paraíso europeo («Reservado el derecho de admisión»). Necesitamos repensar la historia para analizar mejor el presente y plantearnos un nuevo futuro, dado que las viejas previsiones en que habíamos depositado nuestras esperanzas se han venido abajo, porque estaban mal fundamentadas.

Esta propuesta de romper la línea continua postulada

por la interpretación histórica establecida no tiene por objeto elucubrar sobre historias «contrafactuales» —incitar a la práctica de ejercicios imaginativos acerca de lo que hubiese ocurrido «si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta»— sino contribuir a la realización de ese tipo de historia que pedía Walter Benjamin, cuando nos proponía elaborar un materialismo histórico liberado de la noción de progreso —que tuvo una función crítica en el siglo XVIII, pero la perdió en el XIX, cuando se popularizó la idea, reforzada por el darwinismo, de que el progreso se realizaba automáticamente—, sustituida por la de «actualización». Un método que procedería arrancando sus objetos de estudio de la continuidad histórica y que tendría como objetivo central «colocar el presente en una situación crítica». Que debería realizar una «revolución copernicana» consistente en invertir la visión tradicional, que considera el pasado como el centro fijo y estable en torno al cual hacemos girar el presente, y situar el presente en el centro de nuestras preocupaciones, utilizando el pasado para hacer «la rotación dialéctica que inspira una conciencia lúcida». Porque debe quedar claro que, incluso para el historiador, «la política tiene preeminencia sobre la historia».²⁴⁰

Vivimos momentos de desconcierto ideológico. El espectáculo de unas sociedades europeas en que los propios perjudicados insisten en votar a quienes les están empujando, temerosos de que cualquier cambio pueda em-

240. Los textos de Benjamin empleados proceden de la edición ya citada de *Paris capitale du XIX^e siècle*, pp. 477, 493 y 495, y de unos textos citados en Susan Buck-Morss, *The dialectics of seeing. Walter Benjamin and the Arcades Project*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1989, pp. 338-344.

peorar todavía más su situación, revela, por una parte, la falta de una conciencia crítica, pero también la pérdida de la fe en cualquier posible programa alternativo. A la tarea de recomponer esta conciencia crítica, de devolver alguna esperanza y de reanimar la capacidad de acción colectiva hemos de contribuir todos. Quienes nos dedicamos a la enseñanza, y en especial a la de las ciencias sociales, tenemos en ella una función esencial. Por desconcertados que nos sintamos, sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar, mientras, entre todos, reconstruimos los programas para una nueva esperanza y evitamos que, con la excusa del fin de la historia, lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor.

De entre cuantos enseñan ciencias sociales, esa función recae ante todo en los historiadores. Y está claro que no nos encontramos preparados para asumirla. Necesitamos renovar por completo nuestros «métodos» y enriquecer nuestro bagaje «teórico», lo cual no lograremos sin mucho trabajo colectivo, en colaboración con cultivadores de la filosofía y de otros dominios de las ciencias sociales que compartan nuestras preocupaciones. Y estos colaboradores no sólo hemos de buscarlos en nuestras universidades, o en las de otros países avanzados (económica o tecnológicamente avanzados, lo que no siempre coincide con que lo sean también en el terreno de las ciencias sociales), sino en las de aquellos que se encuentran más cerca de los problemas actuales del subdesarrollo (en África o América Latina, por ejemplo). A la vez que aprendemos a asomarnos a la calle: a aproximar nuestro trabajo al estudio de lo que

sucede a nuestro alrededor. Lo cual, como demuestra el ejemplo de la necesidad de criticar y renovar el modelo de cambio económico, no implica tan sólo la búsqueda de un saber «aplicado», inmediatamente utilizable en la vida cotidiana, sino también la reflexión teórica que ayude a repensar los problemas actuales.

Que la historia sea importante para comprender el mundo nos lo dicen cada día los científicos de otros campos y nos lo demuestran los gobiernos, cuando se esfuerzan en transmitir sus propias «visiones de la historia» a los ciudadanos a través de aparatosos festivales y conmemoraciones en que se malgastan unos recursos que se regatean a los programas de asistencia social (y, por supuesto, a la investigación histórica que no esté dirigida a dar apoyo a estos festivales). Al hablar de «la importancia de la historia», no me estoy refiriendo, claro está, a cuál sea la valoración académica que se hace en la actualidad de ella en nuestras universidades, y hasta estoy dispuesto a conceder que la baja estima en que se la tiene está justificada por nuestro propio abandono. No pienso en términos de prestigio y carrera académica, sino de utilidad social.

En cuanto se refiere a su utilidad social todas las actividades humanas deben ser valoradas, en última instancia, por el servicio que rinden al conjunto de los hombres. De entre las ciencias sociales, la historia tiene el privilegio de ser la que mayores servicios puede rendir, porque es la más próxima a la vida cotidiana y la única que abarca lo humano en su totalidad. Sin olvidar tampoco que, cuando se lo propone, resulta ser la más inteligible para un mayor número de receptores de su mensaje —estudiantes, lectores o espectadores. No importa que ello la haga más

arriesgada; que no permita adornarla con unas apariencias de exactitud que hoy sabemos, además, que no son un criterio de validez científica, sino una mera ilusión.

Merece la pena, pues, que nos esforcemos en recoger del polvo del abandono y el desconcierto esta espléndida herramienta de conocimiento de la realidad que se ha puesto en nuestras manos. Y que nos pongamos, entre todos, a repararla y a ponerla a punto para un futuro difícil e incierto.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Aftalion, F., 121 n. 219
agrarian history of England and Wales, The, 68
- Ajmatova, Ana, 72 n. 135
- Allen, R. C., 135 n. 234
- Amelang, James S., 83 n. 155
- Anderson, B. S., 83 n. 155
- Annales*, escuela de, 9, 67, 68 n. 120, 81 y n. 152, 82, 106 n. 197
- Appleby, Andrew B., 52 y n. 88
- Arecchi, Tito, 30 n. 43, 31-32
- Ariès, P., 83, 105 y n. 196
- Aron, Jean-Paul, 84 n. 157
- Arrow, K. J., 34
- Bacon, Francis, 136
- Bairoch, Paul, 83
- Bajtin, Mijail, 104 y n. 193, 109 n. 205
- Baker, Keith M., 97-98
- Barrell, John, 71 n. 133
- Basalla, George, 103 n. 191
- Bate, Jonathan, 71 n. 133
- Bates, Marston, 69 n. 124
- Bell, Daniel, 26 y n. 34
- Benjamin, Walter, 89 n. 163, 104 y n. 193, 124, 143 y n. 240
- Berg, M., 44 n. 67
- Bélicas, Françoise, 58 n. 102
- Bernal, Antonio-Miguel, 102
- Bettelheim, Bruno, 14 n. 14
- Bideau, A., 59 n. 104
- Biraben, J. N., 58, 83
- Blackburn, Richard James, 12 n. 12
- Blanqui, A., 61 n. 106
- Bloch, Marc, 68, 81
- Historia rural francesa*, 68
- Bloom, Alan, 89 y n. 165
- Bonacchi, Gabriella, 70 y n. 132
- Boswell, 82
- Botham, 45 n. 71
- Boureau, Alain, 14 n. 14
- Bowley, A. L., 43 n. 66, 45
- Bowman, James, 24 n. 31
- Bramwell, Anna, 67 n. 118
- Braudel, Fernand, 81
- Brecht, Bertolt, 74
- Brown, A. B., 47 n. 75, 53 n. 89, 82
- Browne, M., 44 n. 68